

Capítulo 4

Entre lo público y lo privado

Sindy Paola Veloza Morales

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros

VELOZA MORALES, S.P. Entre lo público y lo privado. In: *La política entre nubes de incienso. La participación política de las asociaciones católicas laicas bogotanas (1863-1885)* [online]. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2014, pp. 95-130. Opera prima collection. ISBN: 978-958-738-504-5. <https://doi.org/10.7476/9789587385045.0005>.



All the contents of this work, except where otherwise noted, is licensed under a [Creative Commons Attribution 4.0 International license](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Todo o conteúdo deste trabalho, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença [Creative Commons Atribuição 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Todo el contenido de esta obra, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia [Creative Commons Reconocimiento 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Capítulo 4

Entre lo público y lo privado

*Hay que restablecer el imperio de la verdad cristiana.
El que adora y ama a Jesucristo debe hacerlo en público
y en privado, en su casa y en las plazas de la ciudad, porque
así y solo así es amor verdadero.¹*

En la amplia gama de intereses, preocupaciones, aspiraciones y procesos políticos, religiosos, sociales y culturales de las sociedades católicas, el ideal del “buen pobre” constituiría uno de los objetivos centrales de su política; sin embargo, la cuestión moral solo sería un elemento entre la gran variedad de ideales que movilizaban a los miembros de estas sociedades.

Los integrantes de las organizaciones, preocupados por el avance del proceso liberal, empiezan a promulgar un discurso opositor que va más allá de la creación de escuelas católicas o el sostenimiento de institutos de caridad: se proponen crear y consolidar un lenguaje común. Por esta razón, las sociedades buscaron nuevos espacios de participación que les permitieran reevaluar nociones de soberanía, libertad, republicanism y ciudadanía, así como difundir su propuesta política.

¹ *La Caridad*, 1873. “Todo o nada”, 26 de marzo.

El desarrollo de estas iniciativas de debate y construcción política, impulsadas desde las sociedades, tuvo un impacto tanto interno como externo puesto que plantearon su accionar no solo desde el punto de vista discursivo, sino que recurrieron a diferentes formas de acción. A continuación examinaremos los distintos frentes de trabajo, evaluando el alcance y los objetivos de cada uno, sin perder de vista la interconexión existente entre lo que ocurría en las organizaciones mismas y lo que se difundía fuera de ellas.

Al interior de las sociedades

Las cuatro sociedades que nos interesan se caracterizaron por una vida orgánica dinámica sustentada en la realización periódica de reuniones, la publicación de informes, artículos y discursos, así como la constante comunicación interna. Este tipo de actividades sirvieron como espacios de interacción y discusión de diferentes temas políticos, religiosos, lingüísticos, jurídicos y filosóficos.

Las sociedades ofrecían diversos espacios de debate, tertulias y lecturas de ponencias o discursos, a partir de los cuales sus miembros hicieron parte de un proceso de formación que pretendía contribuir a las aspiraciones intelectuales de este sector de la elite, preocupado constantemente por su formación académica y política a fin de consolidarse y diferenciarse como sector dirigente.²

² Frédéric Martínez, “En los orígenes del nacionalismo colombiano: europeísmo e ideología nacional en Samper, Núñez y Holguín (1861-1894)”, *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. xxxii n.º 39 (1996).

Un elemento fundamental de la producción discursiva desarrollada por los miembros de las sociedades fue la consolidación de un lenguaje político específico, un pensamiento ideológico y unas bases intelectuales claras. Si bien existían diferencias de pensamiento en las sociedades (encontramos sectores más radicales que otros), podemos hablar de un lenguaje común consolidado a partir de estos espacios.

Publicaciones: libros y bibliotecas

Desde el inicio del siglo XIX empieza a haber una importante difusión de libros extranjeros y nacionales, un proceso que se intensifica en la segunda mitad del siglo gracias a las políticas de bibliotecas y al derecho de libertad de imprenta decretado por los gobiernos liberales.³ Con estas medidas, tanto liberales como conservadores vieron en los libros y las publicaciones una importante herramienta para la lucha por la consolidación de nuevas formas de pensar, de ahí que sea fundamental la compra de libros, la traducción de obras, la publicación de reseñas o comentarios literarios en periódicos y la escritura de textos que pudieran servir en una campaña de instrucción tanto para las elites como para otros sectores.⁴

Para las sociedades los libros o los artículos circulaban de tres maneras: la primera era la compra directa. Esta podía realizarse en librerías de la ciudad, y para el caso de libros

³ Loaiza, “El maestro de escuela o el ideal liberal de ciudadano en la reforma educativa de 1870”, *Historia Crítica*, n.º 34 (2007).

⁴ Loaiza, “El maestro de escuela o el ideal liberal de ciudadano en la reforma educativa de 1870”.

del exterior podían solicitarse o comprarse principalmente en los almacenes de Manuel María Pardo, Víctor Lago y la imprenta Espinoza.⁵ El segundo mecanismo fue la prensa; los libros eran publicados por entregas en los diarios católicos, lo que hacía más accesible su lectura, además de permitir que no fueran solo los miembros de las sociedades quienes pudieran leerlos. En este apartado encontramos una mayor variedad de obras, quizá esto se deba a que muchas de las obras de gran complejidad venían acompañadas de una explicación que hacía más amena la lectura. Finalmente tenemos las bibliotecas privadas y la rotación y préstamo de textos. En este último caso solo registramos la biblioteca de la Juventud Católica. No podemos saber con exactitud el número de títulos o la cantidad de usuarios de esta biblioteca, pero por los registros existentes en la prensa, este espacio contaba con un gran apoyo de los miembros de esta sociedad quienes procuraban donar libros, estar al tanto de las nuevas adquisiciones y publicar reseñas de los nuevos títulos. Para las otras sociedades funcionaba más el mecanismo de préstamo y rotación, que dependía de los miembros de las sociedades que estuvieran dispuestos a prestar o intercambiar libros, en caso de que fuera muy difícil conseguirlos o fueran inaccesibles al público.

Una pequeña muestra de los libros que registraron estas sociedades es la siguiente:

⁵ Existían otros lugares para encargar o comprar libros, pero estos tres establecimientos eran los más recomendados entre los miembros de las sociedades, por tener mayor variedad de títulos, ser económicos, y de buena reputación. *La Caridad*, 1875. “Bibliografía”, 21 de enero.

- *Curso de instrucción religiosa o exposición completa de la doctrina católica*, escrito por el director de catequismos de París.
- *Novelas de Fernán Caballero*, quince tomos.
- *Novelas de lectura para el hogar doméstico, completamente respetable de la moral*.
- *Lecciones de moral cristiana*, por Augusto Michelot.
- *El divino modelo de las almas cristianas*, de la señora Silveria Espinoza de Rendón.
- *Cuadro cronológico de los soberanos i magistrados de la Nueva Granada*, por Vergara y Vergara.
- *Le libéralisme*, por Labis.
- *L'Encyclique du 8 decembre 1864*, por Emilie Keller.
- *Curso de lengua italiana según el método de Robertson*.
- *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, por Rufino Cuervo.
- *Recuerdos de un viaje a Oriente*, por Federico Aguilar.
- *Obras completas de Virgilio*.
- *Historia celestial y civil*, de J. M. Groot.
- *Diccionario ortográfico y lecciones de métrica*, de Manuel Marroquín.
- *Colección de Bulas y privilegios de América*.
- *Meditaciones*, de Lamartine.
- *Todo o nada*, de José Joaquín Ortiz.
- *La revolución y el orden cristiano*, de Augusto Nicon.
- *Literature ét de politique*, de Benjamin Constant.

La mayoría de libros eran de gramática, religión y moral, varios de ellos eran autoría de miembros de las sociedades, y pretendían ser libros de enseñanza moral religiosa, historia patria o idiomas. Entre los libros de literatura podemos encontrar las vidas de los santos, las biografías papales o historias de la Biblia. No resulta común encontrar novelas, ya que la mayoría de ellas fueron declaradas como libros prohibidos. Autores como Dumas eran tachados de inmorales y las novelas se convirtieron en “la peste negra moral”, aun así suponemos que llegó al país algún tipo de literatura posiblemente censurada. En este sentido, podemos pensar que las traducciones españolas o nacionales modificaron los textos originales, ya sea incorporando lenguajes locales o estilizando moralmente los contenidos, con el fin de vender ciertos títulos bajo los cánones de “buena lectura”.⁶

En el ámbito interno de las sociedades y bajo lineamientos de la Iglesia se establecieron algunos parámetros de lo que los católicos debían leer. Rousseau y Voltaire, Rena, Volney, Suë y Pablo Kock y aquellos autores que “incitaran a la revolución” fueron prohibidos, junto con libros que hablaran mal de la religión o del papado. Existieron dos consideraciones en el momento de prohibir o escoger las lecturas que vale la pena estudiar a profundidad: la primera resalta la cuestión moral y enfatiza en como las novelas y “libros malos”

⁶ El caso de Victor Hugo resulta interesante: en un principio este autor es condenado como inmoral y su lectura es prohibida, especialmente para los jóvenes y las mujeres. Con el tiempo solo se prohíbe su novela *Los Miserables*, y más tarde una versión resumida de este título es vendida en librerías católicas.

resultan ser un vehículo de malos pensamientos, incitan a las pasiones y destruyen la familia:

Los libros son una fuente importante de poder, ya que a través de ellos se moldean los hombres. Hay libros malos, que se alejan de Dios y la familia llevando a los hombres a despertar los malos instintos, arruinan el espíritu y el corazón, dejando únicamente los más bajos instintos. El hombre recibió de Dios la sensibilidad, una sensibilidad cristiana propia de la caridad, que con los libros inmorales se pierde dejando a la población en la miseria. Las novelas han creado una vida artificial distinta a la real que aleja a los jóvenes y las familias de la realidad, impidiéndoles vivir como debe ser, con *paciencia y resignación*. Esos libros no se inspiran en nada bueno solo en los placeres, los únicos libros que valen la pena son los que se inspiran en la experiencia sobrenatural. Libros que hacen a la religión y a la sociedad civil enemigos de la verdad y la justicia. Por eso hay que oponer a los libros otro libro, que consuele al pobre y guie al joven.⁷

La verdad, la moral y la sensibilidad caracterizarían a los libros católicos. La contraposición entre las pasiones y la resignación, la verdad y la artificialidad, es una apuesta por oponer la religión católica a la moral utilitarista de Bentham. Este pensador inglés concentrará sobre sí todas las críticas al modelo ético y moral del liberalismo, siendo acusado de

⁷ *La Caridad*, 1867. “Libros y periódicos”, 4 de enero.

irreligioso al guiar a los jóvenes y liberales por los caminos de los placeres; de ahí que resulte propicio no entender la preocupación moral de las sociedades católicas fuera de las dinámicas liberales de la época, por cuanto no se trata únicamente de construir al buen ciudadano, moralmente hablando, sino que existe un interés latente por criticar y atacar el modelo liberal.

Frente a este punto, los libros que circulaban en las sociedades rescataban la importancia de la religión en la vida del ser humano como sustento moral y espiritual, como guía sin la cual se presentaría un caos total, con un exceso de libertades y falta de autocontrol que llevarían al desorden e inmoralidad total (esto es una referencia directa al liberalismo de la época). Por ejemplo, libros como *Todo o nada* de José Joaquín Ortiz enfatizan en que la moral es un asunto público, por lo que no guiarse por la religión llevaría al país a una anarquía plena.

La segunda consideración correspondía a las obras científicas: libros de Jean-Baptiste Lamarck, Charles Darwin y Pascual Grousset fueron prohibidos por ser contrarios a la fe católica; sus postulados fueron considerados una amenaza al pensamiento religioso por lo que su lectura o compra se consideraba una herejía:⁸

Sabéis muy bien vosotros, que los nombres de las ciencias sirven de velos á la herejía y al materialismo; que la poesía sirve de vehículo á las pasiones repugnantes: que los dra-

⁸ Martínez, *El nacionalismo cosmopolita*, 132.

mas y las novelas multiplican de una manera incalculable los ataques contra los misterios, contra las ceremonias del culto, contra la jerarquía católica, contra los institutos regulares; no hay práctica piadosa, no hay máxima de perfección que no se tiene en ridículo y no se entregue al escarnio. Este es el triunfo que se muestra ufano nuestro siglo tan envanecido en sus progresos. ¡Siglo de perdición, el más enemigo de Dios que vieron los hombres! ¡Siglo Impío que cree saberlo todo, cuando ignora sus verdades relacionadas con el Creador! ¡Siglo fanático, que invoca el examen y la razón, y desecha la fe de sus padres, y se va tras del oro y los placeres, postrándose vilmente ante estos ídolos al mismo tiempo que vuelve la espalda al salvador!⁹

Aunque criticar el culto excesivo a la razón y el progreso fue un tema recurrente en las sociedades, los libros científicos no fueron del todo desplazados. Debemos recordar que nos estamos refiriendo a una elite ilustrada, que recibió una educación conjunta con las elites liberales y que se vio inmersa en el pensamiento racionalista de la época.¹⁰ Por tanto, si bien la formación interna de estas sociedades giró en torno a un pensamiento conservador católico, los miembros le aposta-

⁹ *La Caridad*, 1869. “Malas lecturas”, 27 de mayo.

¹⁰ Carlos Altamarino y Leandro Losada señalan que las características intelectuales se plantearon de forma similar entre los diferentes grupos de las elites, lo que les permitió consolidarse como sector social, además de plantear un lenguaje común. Altamarino, *Intelectuales. Notas de investigación* (2006); Losada, “Sociabilidad, distinción y alta sociedad en Buenos Aires: los clubes sociales de la elite porteña (1880-1930)”, *Desarrollo Económico*, vol. 45, n.º 180 (2006).

ron a la construcción de una “fe razonada”, según la cual la religión católica fuera el pilar fundamental de la sociedad, sin que esto desplazara o negara parte de los adelantos científicos y de modernización que se estaban produciendo en el país y en Europa.

Para los miembros de las sociedades “la ciencia es un instrumento de Dios”,¹¹ argumento con el que entablaron un diálogo entre los adelantos científicos y la fe, en donde autores como Mariette fueron utilizados para probar la imposibilidad de la evolución, buscar pruebas del diluvio y encontrar evidencias de los milagros de los santos. En este sentido, las sociedades intentarán, mediante la literatura y otras temáticas, generar un discurso propio a partir del impulso modernizador lanzado desde Europa y la tradición católica.

Finalmente haremos referencia a los libros político-religiosos traídos del exterior. Según Frédéric Martínez,¹² las elites desarrollaron una gran recepción de la literatura europea, que ayudó a configurar las miradas y lecturas de la elite del siglo XIX. Esta literatura extranjera funcionó como una herramienta de crítica a la realidad europea, las revoluciones y las libertades extendidas y punto de apoyo para justificar los procesos conservadores católicos en algunos países europeos. Vale la pena resaltar que si bien la literatura europea

¹¹ Existió una preocupación por demostrar la buena relación que mantenía la Iglesia con las ciencias, con la intención de frenar las acusaciones de radicalismo por parte de los liberales e incluir a la tradición cristiana en los nuevos procesos culturales, políticos y sociales que vivía el país. *La Caridad*, 1866. “La ciencia”, 13 de julio.

¹² Martínez, *El nacionalismo cosmopolita*.

cobró una gran relevancia en los estudios de las elites, en la mayoría de las ocasiones no se leían los textos originales, sino resúmenes, reseñas, adaptaciones o traducciones cortas hechas por miembros de las sociedades, quienes debieron modificar o adaptar los textos originales.¹³

Gran parte de esta literatura extranjera correspondía a escritos papales, pastorales españolas y documentos de la Iglesia romana en general. Aquí el texto clave es el *Syllabus*, referenciado constantemente en los textos de las sociedades, como el manual predilecto en el accionar de estas organizaciones. En este texto se basan las críticas a la educación laica, el exceso de libertad de prensa y la definición del “error” liberal.

De la literatura europea queremos resaltar dos títulos, *El catolicismo liberal* de Gabino Tejado, y *Rome pendant le concile* de Luis Veuillot, dos textos que brindaron algunas bases teóricas a los miembros de las sociedades. El primero expone la incompatibilidad entre el liberalismo y el catolicismo considerando a aquel como un fruto del pecado de Adán contrario a la verdad y bienestar de los hombres;¹⁴ el segundo conceptualiza la idea de la dictadura del César (donde el pueblo es el tirano) o la de Pedro (un pueblo libre con Dios como guía).¹⁵ Con estos dos autores partirán afirmaciones posteriores de las elites referentes a la idea de la verdadera libertad como una libertad divina; el liberalismo como herejía;

¹³ Martínez, *El nacionalismo cosmopolita*, 135-136.

¹⁴ *El Tradicionista*, 1875. “Bibliografía”, 25 de enero.

¹⁵ *El Tradicionista*. 1872. “Bibliografía”, 2 de abril.

la contraposición verdad católica-error liberal; el cesarismo tirano;¹⁶ y el buen gobierno católico.

Tertulias

Las tertulias se realizaban cada semana o quincena, dependiendo de cada sociedad. La Juventud Católica llevó la batuta en este proceso al realizar cada semana, de manera ordenada y constante, tertulias políticas, filosóficas y literarias en pequeños grupos con los miembros de su sociedad.

En general, las tertulias o reuniones de debate eran espacios abiertos de discusión que giraban en torno a temas de actualidad, reflexiones científicas, literarias, académicas, políticas y religiosas. Eran exclusivas para los miembros y se realizaban en la casa de alguno de los participantes, y si esto no era posible, en colegios de la ciudad. A las reuniones anuales asistía un público más amplio y en ellas se debatían las conclusiones de las tertulias internas o los discursos producidos de manera individual. Normalmente, estos discursos públicos se centraron en análisis cortos de la realidad, acompañados por consignas del deber del católico; su propósito consistía en incitar a la población a oponerse a ciertas políticas o apoyar otras. Esto último deja ver que los espacios académicos de discusión fueron exclusivos para los integrantes de las sociedades.

¹⁶ A partir de esto se definirá al liberalismo como el gobierno de un César tirano, opuesto al reinado de la religión, la moral y la verdad, que corresponderían a la dictadura de Pablo o el Papa. Una analogía ampliamente utilizada por las sociedades y que llevará de una u otra manera a pensar en el catolicismo como sinónimo ineludible de un buen gobierno.

El proceso de debate, difusión y construcción de conocimiento estaba inmerso en la naciente necesidad de ilustración, civilización y progreso que sentían algunos sectores del país. En este proceso la elite se configuró a sí misma como la encargada de dirigir y gobernar la nación, razón por la cual se autodesignó la tarea de dirigir la labor ilustradora y constructora de prácticas y discursos del ciudadano católico republicano. Las tertulias se caracterizaron por ciertos lineamientos democráticos: desarrollo de votaciones, igualdad en la participación de los miembros y reglas comunes. En este sentido, las mujeres pudieron aprovechar este espacio para participar políticamente ya fuera asistiendo a las tertulias de las sociedades a las que pertenecían o como invitadas a las reuniones de otras organizaciones, compartiendo así prácticas de representación y elección que normalmente les eran ajenas.

Las tertulias también permitieron la consolidación de vínculos sociales: amistades, compadrazgo, clientelismo, nexos familiares, vínculos laborales, entre otros. Elementos que contribuían al fortalecimiento de las sociedades católicas, al tiempo que dinamizaban y determinaban hasta cierto punto lo que se producía, debatía y exponía en estos espacios.

Por otra parte, ocasionalmente asistían como invitados a las tertulias miembros de otras sociedades o personas importantes de la ciudad, convirtiéndose algunas de ellas en eventos sociales de gran estatus.¹⁷ Esto nos hace pensar

¹⁷ Un caso notorio de esta particularidad fue una reunión de debate literario de la Juventud Católica realizada en la hacienda de la familia Lleras. Para esta reunión además de los miembros fueron citadas sus esposas, importantes miembros de otras sociedades, funcionarios públicos, señoras de la capital y ca-

que quienes podían participar activamente en las reuniones internas de las sociedades y eran invitados por otras organizaciones fueron constituyendo un grupo diferenciado como elite, con una reputación importante, al menos dentro de ciertos círculos sociales. Asimismo, si bien en estos espacios se manejaba un discurso democrático, existían dinámicas excluyentes por parte los integrantes de las juntas directivas, quienes seleccionaban los temas y textos a estudiar, además de escoger a la persona que escribía las memorias o artículos. Y aunque no se negaba la participación a ninguno de los miembros, hay que reconocer que algunas opiniones fueron impuestas sobre otras, marcando así ciertas diferencias entre los miembros a partir de los vínculos afectivos, económicos o políticos.

De puertas hacia afuera

La consolidación de una forma de gobierno duradera y estable fue un proceso de largo aliento. A pesar de haber transcurrido más de cincuenta años desde el proceso de independencia y de desarrollo de políticas democráticas y republicanas, nociones como pueblo, elección, representación, soberanía y legitimidad todavía estaban en proceso de configuración y apropiación por parte de los individuos en general.¹⁸ A esto

tetráticos de las universidades. Se enviaron invitaciones impresas, y además de la tertulia se prometía un banquete y baile, al punto que el evento fue reseñado por varios periódicos. *El Tradicionista*, 1871. “Juventud Católica”, 5 de diciembre.

¹⁸ Las diferencias regionales, tensiones económicas, culturales y sociales hicieron que el modelo de gobierno republicano tuviera un largo proceso de configuración, en donde la sociedad civil representa un papel fundamental. Elías

debemos agregar que el republicanismo supuso una nueva forma de entender la legitimidad y el deber ser del Estado, en el cual la definición de ciudadanía, derechos y deberes hacían parte del debate público. En este contexto surge la imagen del pueblo soberano que, según las elites, aunque importante en la acción política, no estaba preparado para asumir la tarea que le correspondía; de ahí la importancia de civilizarlo y formarlo con los valores republicanos.¹⁹

Lo anterior deja ver que las elites no solo se preocuparon por la autoconsolidación como la elite ilustrada y dirigente, también procuraron políticas educativas y de civilidad, así como de movilización del pueblo, con el objetivo de materializar o exponer sus objetivos políticos de una nación católica. Con ello se lograba tanto moralizar a la población como conseguir adeptos y posibles votantes para su propuesta política.

Si bien haremos referencia a la relación entre las elites y los sectores sociales en general y evaluaremos el modo en que la población bogotana participó activamente en varias de las propuestas de las sociedades católicas, no profundizaremos

Palti, *El tiempo de la política, El siglo XIX reconsiderado*. (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2007), 103-105.

¹⁹ La preocupación por el analfabetismo, la ignorancia y barbarie del pueblo va a estar constantemente reflejada en los escritos de las sociedades, de aquí las continuas misiones civilizadoras en los “pueblos salvajes” y la preocupación existente por la falta de control sobre la “muchedumbre”. Esta preocupación no solo será resultado de las practicas republicanas y nuevas intenciones ilustradoras, sino que también corresponde, en cierto punto, al temor infundido por la situación internacional, en donde la Comuna de Paris, y la Internacional Comunista son un referente del pueblo “barbárico” que debe ser ilustrado y moralizado.

en cómo interpretaron los sectores populares aquello que se producía en dichas sociedades. Es evidente que falta examinar cómo tales medidas fueron apropiadas por los otros sectores sociales.

Prensa y opinión pública

*Para que sea verdad lo que nosotros decimos, basta únicamente que nosotros lo digamos.*²⁰

Con la libertad de prensa promulgada en la Constitución de 1863, la publicación de artículos, discursos, cuentos y noticias se convirtió en una herramienta fundamental de la confrontación política; así pues, con el apoyo de la Iglesia, los periódicos católicos empiezan a cobrar una importancia esencial, al ser los encargados de la difusión y el debate público. Debe mencionarse que, como manifiestan las mismas sociedades, la prensa mantenía un carácter laico, y aunque publicaban comunicados del arzobispo o pastorales de padres extranjeros, los escritores católicos contaban con plena autonomía en el momento de publicar sus artículos.²¹

²⁰ *La Caridad*, 1874. “La estatua del pasquín”, 26 de marzo.

²¹ Fernán Gonzales indica que existieron fuertes altercados por la excesiva libertad que se tomaban los escritores laicos al hablar de las decisiones del episcopado, al punto que este se ve en la necesidad de tratar de regular este tipo de publicaciones. En este sentido, si bien las sociedades ofrecieron su lealtad al catolicismo y al Papado, su relación con la Iglesia fue ambigua. Las tensiones con el episcopado bogotano frente a la política educativa, en donde las sociedades, basándose en el Syllabus, intentan evitar cualquier tipo de negociación con el Gobierno, al tiempo que la prensa para incitar al clero a participar en política, a

Las sociedades crearon o se apoyaron en diferentes periódicos de la época para difundir sus ideas, siendo la prensa el mecanismo de diálogo predilecto entre las sociedades y los demás sectores sociales. Cada sociedad contaba con un periódico, que era propio o compartido, en el que daba a conocer los informes de las labores de caridad y de las reuniones anuales, se publicaban los discursos de los miembros, las conclusiones de las tertulias, traducciones de libros, las cartas entre las sociedades, y se hacía la propaganda necesaria. La Sociedad San Vicente de Paúl contaba con *La Caridad*, La Juventud Católica publicaba principalmente en *El Tradicionista* y enviaba artículos a *La Unidad Católica* y *El Mosaico*. La Sociedad del Sagrado Corazón de Jesús e Hijas de María publicaban en *La Caridad*, donde se les abría un espacio para la realización de informes y exposición de textos morales; asimismo participaban, pero con menos frecuencia, en *El Iris* y *El Tradicionista*.

La Caridad inició como una pequeña publicación religiosa semanal con pocos artículos y detallados informes de las labores de caridad realizada por la Sociedad de San Vicente de Paúl, luego fue complementándose con artículos de los miembros y colaboradores, así como con la publicación de textos literarios, filosóficos y científicos. El periódico entregaba el excedente de sus ganancias a la sociedad para realizar obras caritativas.

pesar de las negativas impartidas por el Arzobispo sobre este tema, generan varias tensiones con la Iglesia que dicen defender, respetar y obedecer sin objeciones. González, *Poderes enfrentados*, 201-206.

En cuanto a las temáticas, la publicación contenía instrucciones morales, literatura cristiana, noticias de los adelantos científicos y artísticos, un recuento de la situación del país e informes de las labores de beneficencia. Entre los distintos tipos de artículos que se publicaba, nos interesa resaltar dos: en primer lugar, la publicación de cartas, artículos o crónicas referentes a diferentes poblaciones en todo el país, a partir de las cuales se procuró dar noticia de lo que acontecía a nivel nacional e internacional, especialmente en temas referentes a las guerras civiles, reforma educativa y fiestas religiosas; esto se usó como canal de comunicación con otras asociaciones católicas colombianas y como argumento para demostrar que el catolicismo era un fenómeno nacional. En segundo lugar, el periódico se caracterizó por la publicación de textos que pretendían servir para la educación de sectores de bajos recursos de la sociedad o a personas con poca instrucción, ya sea con textos para niños, tales como fabulas, cuentos, poesía, refranes; y una publicación particular denominada “Conversaciones campesinas”, la cual, en una obra de teatro bastante paródica, ponía a conversar a un hacendado liberal, un sacerdote y un campesino. El texto trataba grandes temáticas como la correcta definición del republicanismo, o los diferentes tipos de libertades individuales, pero procuraba explicarlo de manera muy coloquial, refutando los argumentos del liberal (hacendado) mostrando la idoneidad del cura y la ignorancia, pero pureza de sentimientos, del campesino. Este tipo de textos, acompañados por otros plenamente dedicados a la instrucción del pueblo, pretendían abrir debates políticos en la población, debidamente guiados por las elites.

José Joaquín Ortiz fue el director de *La Caridad* hasta principios de la década de 1880, cuando por razones de enfermedad empieza a delegar sus funciones. El periódico contaba con la colaboración de Ramos Cáceres, José María Rueda, Mariano Vargas, Justo González, Justo Rivas, Francisco Echavarría, Jesús Uribe, Fernando Piñeros, Eulogio Tamayo, Joaquina Cordovez, Silveria Espinoza de Rendón, Agripina Montes del Valle, José Manuel Groot, Manuel María Madiedo, José Rojas Caicedo, Carlos Martínez, Miguel Antonio Caro, Rufino Cuervo, Camilo Caicedo y Adolfo Pérez, algunos de ellos pertenecían a otras sociedades católicas. Contó además con una gran lista de suscriptores quienes en ocasiones enviaban artículos o correspondencia al periódico.

Por su parte, *El Tradicionista*, fundado por Miguel Antonio Caro, fue el emblema de la prensa católica de la época, al ser el mayor defensor de la moral católica, la Iglesia y los principios políticos del Partido Conservador. El periódico funcionó entre 1871 y 1876, período durante el cual fue un importante medio de difusión de textos extranjeros y nacionales.

Los periódicos en general tuvieron tres grandes funciones: en primer lugar, pretendían ser un espacio de aprendizaje y difusión del mensaje civilizador y moralizador a través de constantes artículos sobre el buen artesano, la función cívica de la mujer, cómo ser un buen pobre, por qué hacer caridad, entre otros. Tenían como objetivo difundir un discurso moral específico que debía demarcar los comportamientos de la población.

En segundo lugar, desempeñaron un papel fundamental en la relación entre diferentes sectores sociales y las sociedades que leyendo, escribiendo y debatiendo en torno a ellos lograron difundir una serie de discursos específicos entre la población. Hablamos de un espacio de conectividad en el cual las elites pretendieron difundir ciertos debates entre la población con el fin de movilizarla en torno a sus intereses, al tiempo que se debatían y construían nuevas formas de pensar.

En tercer lugar, los periódicos funcionaron como un espacio abierto en donde eran respondidas las ofensas de otros diarios (principalmente el *Diario de Cundinamarca* y la *Revista de Colombia*), se analizaban las propuestas del Gobierno y se ponía en debate público el buen juicio de los gobernantes, al tiempo que se reformulaban términos como republicanismo, civilización, pueblo, libertad, soberanía y tiranía.

Lo anterior configuraría la opinión pública, el espacio de diálogo o debate con el Estado y los sectores sociales en general. Así pues, el término opinión pública era utilizado en la prensa y su popularidad en la época era significativa: era la encargada de juzgar y debatir. No obstante, y siguiendo a Hilda Sabato, para el siglo XIX latinoamericano la opinión pública será un concepto polisémico con versiones que van desde las unanimistas, arraigadas en el pensamiento ilustrado que entendía la opinión como única y monolítica, hasta aquellas que la concebían como la suma de voluntades diversas.²²

²² Hilda Sabato, "Introducción", en Hilda Sabato (coord.), *Ciudadanía política y formación de las naciones: perspectivas históricas de América Latina* (México: El Colegio de México, 1999), 26.

En esta misma vía, Elías Palti definirá dos concepciones de opinión pública. La primera, el “modelo jurídico”²³ de opinión, le da un carácter de unanimidad y verdad indiscutible, a través del cual se debe juzgar y legitimar el gobierno. Esta primera idea de opinión hará referencia a una verdad racionalmente creada e indiscutible, donde se considera que las opiniones opuestas son el resultado de procesos irracionales que deben ser corregidos.

En este sentido, bajo el “modelo jurídico” de opinión las sociedades y la prensa se convierten en un dispositivo de legitimación, al ser los encargados de juzgar en nombre del pueblo y el bien público²⁴ (esta idea del bien público, la voz del pueblo, la verdad, propias del modelo jurídico, se pueden ver con más claridad en los apartados de instrucción y fiestas que se desarrollaran a continuación). Y al ser las asociaciones católicas, las supuestas poseedoras de la verdadera opinión, son llamadas a asumir el papel de los verdaderos representantes. Los miembros de las sociedades se van a autoproclamar como los encargados de gobernar, por ser ellos los que recogen los intereses, las aspiraciones, las necesidades y las opiniones de la mayoría de la población, justificando así su llegada al poder como la verdadera expresión del republicanismismo (entendido como la forma de gobierno basada en la voluntad general y el voto de las mayorías).

La segunda connotación de Palti es la del modelo “estratégico” de opinión, que deja de lado la idea de una ver-

²³ Palti, *El tiempo de la política*, 174.

²⁴ Sábato, *Pueblo y política*, 68-70.

dad indiscutible y absoluta, convirtiendo así a la opinión pública en un campo de batalla en donde ya no se trata de juzgar, sino de debatir y conseguir adeptos.²⁵ Este modelo se reflejará plenamente en la prensa, por ser el espacio en el que coexistían múltiples voces que enriquecían el debate político y no la simple idea de defender o poner verdad a una mentira.

La prensa funcionará como un espacio de lucha política en el cual, además de tratar de acabar con los argumentos contrarios, se buscaba persuadir a la mayor cantidad posible de lectores. En este sentido, la opinión pública promovida por las sociedades fue producto tanto de los espacios internos de formación y debate como de la interacción con otros sectores sociales, con la prensa como vehículo predilecto de difusión, crítica y debate de todas aquellas opiniones contrarias.

Finalmente, vale la pena resaltar el lenguaje utilizado en la mayoría de artículos de debate y en los discursos, pensados para el público en general. El uso constante de un registro religioso como estrategia argumental para exaltar la función de la Iglesia y de las elites católicas, así como para denigrar del liberalismo, hicieron que expresiones como “engendro del diablo”, “enemigo mortal del hombre”, “personificación de Satán”, fueran recurrentes para referirse al proceso liberal. Este lenguaje se utilizaba solo en la prensa y en los discursos pensados para ser publicados o leídos en misa o reuniones públicas de las sociedades, siendo términos inexistentes en

²⁵ Palti, *El tiempo de la política*, 191.

los textos que circulaban en las organizaciones mismas. Si bien no ahondaremos en esta característica, queremos rescatar que esta estrategia discursiva buscó establecer una clara relación entre lo político, lo público y lo religioso, con el fin de afectar lo más posible a la población, al utilizar el registro del lenguaje religioso como una herramienta política.

Instrucción

*Mas ¿cuál es la opinión general, unánime de la Nación?
La reforma de la enseñanza oficial en el sentido católico,
puesto que el que gobierna debe hacerlo según las creencias
de los gobernados.²⁶*

*Si son demócratas de verdad partirían su razonamiento no
desde el gobierno sino desde el pueblo, y el pueblo
es católico. Un gobierno que no acepta la educación católica
es un gobierno déspota.²⁷*

El desarrollo de escuelas laicas por parte del Estado a partir del decreto de instrucción pública de 1870 que propuso cambiar las tradicionales escuelas dirigidas por los párrocos²⁸ por escuelas gratuitas y obligatorias, que funcionaran bajo

²⁶ *La Caridad*, 1876. “Correo de las aldeas”, 6 de abril.

²⁷ *El Tradicionista*, 1872. “Instrucción religiosa”, 6 de febrero.

²⁸ La reforma educativa de los años setenta pretenderá hacer contrapeso tanto a los altos niveles de analfabetismo en el país como al excesivo poder cultural por parte de la Iglesia. Cada estado implantó la reforma educativa según el gobierno local. Antioquia y Cauca desarrollaron una mayor oposición modificando gran parte de la reforma, mientras que en Cundinamarca se aceptó totalmente la

el modelo alemán de educación, constituyó el proyecto más polémico en la cambiante relación Iglesia-Estado. Esta empresa sostenía el desplazamiento del clero de las escuelas y universidades, espacios en los que habían participado desde la Colonia.

En Bogotá la reforma educativa no solo va a generar molestias entre liberales y conservadores; las políticas flexibles del arzobispo Juan Vicente Arbeláez frente a la reforma, aceptando la escuela laica a cambio de un espacio de catequismo después de clases, generó varios altercados con algunos sectores de la elite y el clero.²⁹ La política de las sociedades será clara y radical: no basta con catequismos, ni respeto por las creencias, el modelo de educación laica está condenado por el Syllabus, conlleva a la pérdida moral del pueblo colombiano, es irreligiosa y contraria a cualquier ideal de progreso.³⁰ Así, el tema de la educación se convirtió en uno

política educativa, por lo que esta se desarrolló con todos los medios posibles. Gutiérrez, *La política instruccionalista*, 61-69.

²⁹ González, *Poderes enfrentados*, 201-206.

³⁰ Esta diferencia de criterio entre el episcopado local y las organizaciones religiosas va a generar una serie de inconvenientes para las sociedades: en primer lugar, se ven enfrentadas a la institución que las respalda y legitima, lo que generará discordia entre los miembros; igualmente, los liberales verán en estas diferencias un argumento en contra de las organizaciones católicas, las cuales serán tachadas de oportunistas y detractoras de la Iglesia. Esto hará que las sociedades, al tiempo que mantienen una posición radical de oposición a las escuelas laicas, intenten mantener una línea abierta de comunicación con el episcopado, buscando demostrar una plena adición a la institución eclesiástica, impidiendo así posibles ataques por parte de los liberales, y manteniendo el apoyo del clero que mal o bien era fundamental en el desarrollo político de estas organizaciones. De ahí que podamos entender esta relación entre la Iglesia (como institución) y las sociedades católicas de una manera ambigua y bidireccional en donde los

de los puntos nodales de la crítica de las sociedades al gobierno liberal y en el catalizador de su radicalismo, por lo que durante el período de desarrollo de la reforma educativa, será el de mayor activismo y movilización por parte de los miembros de las sociedades.

La oposición conservadora a las escuelas se desarrolló desde diferentes frentes, tales como: la creación de guerrillas, el desarrollo de la guerra civil de 1876,³¹ el boicoteo a las escuelas laicas y la creación las escuelas fundadas y dirigidas por las sociedades católicas, las cuales, en el marco de este contexto, cobraron una importante relevancia.

La política de instrucción de las sociedades no se redujo únicamente a la fundación de escuelas, también se planteó a través de catequesis, retiros espirituales y misiones. En estos espacios se proponía una educación moral y católica que además de consolidar un fuerte sentimiento religioso, se

intereses de cada parte se entrecruzan con la necesidad conjunta de coexistencia mutua, un juego que debe procurar por parte de las sociedades mantener buenas relaciones con el episcopado, al menos públicamente, sin que esto interfiera con su planes de acción autónomos.

³¹ La guerra civil de 1876, también llamada la guerra de las escuelas, se desarrolló principalmente en contra de las políticas liberales, el desarrollo de escuelas laicas y la intromisión del Gobierno central en las decisiones de los estados confederados. Esta guerra se desarrollará principalmente en los estados de Cauca y Antioquia, máximos representantes de las banderas del conservatismo y el federalismo. Para profundizar frente a este tema pueden revisarse los textos de Ortiz, *Obispos, clérigos y fieles*; y *Fusiles y plegarias*; Zuluaga Gómez, *Territorio, religión y guerra*; Abadía Quintero, “Cuando los santos caen: prensa, religión y política en Cali. Siglo XIX”; Juan Carlos Jurado, “Reinventar la nación a partir de la fe católica: de la religión, el clero y la política en la guerra civil de 1851”; y el trabajo del grupo de investigación de la Universidad Nacional, *Ganarse el cielo defendiendo la religión: guerras civiles en Colombia 1840-1902*.

promulgaran una serie de valores morales que las elites consideraban necesarios para el pueblo, entre otros obediencia, honestidad, humildad y agradecimiento.

Ahora bien, más allá de la discusión moral, plantear quién y cómo debería educarse al pueblo significaba aceptar definiciones claras de ciudadanía y nación. En este sentido, la lucha constante por la educación laica significó algo más que la aceptación o el rechazo de un método de estudio, era lo que impulsaba la transformación cultural de la población y, por ende, requirió por parte de las sociedades una pelea constante y agresiva.

Las sociedades católicas procuraron utilizar las políticas educativas laicas como un argumento de deslegitimación contra el gobierno liberal. Aquí se hace tangible el “modelo jurídico” de opinión pública, por cuanto las consignas de la voz del pueblo, la voluntad u opinión general fueron contantemente utilizadas para manifestarse ante las políticas laicas de educación, y más allá de la dinámica del cómo y el por qué de las escuelas laicas, se ponía en cuestión cuál debería ser el verdadero gobierno democrático:

Es cierto que el gobierno no tiene derecho a imponer una religión, pero en este caso no la está imponiendo, porque el pueblo la está exigiendo. Y si no tienen derecho a imponer una religión, mucho menos una irreligión, así que sus políticas son ilegítimas y contradictorias: El Pueblo sí tiene derecho á imponer su opinión y por lo mismo su religión,

al gobierno que él paga con el sudor de su frente para que eduque a sus hijos según sus creencias.³²

Este presupuesto de un gobierno que no apoya u obedece la voluntad del pueblo, lo llevaría a sustentar dos ideas: por un lado, que es un gobierno tiránico, que ignora el bienestar del pueblo; por otro, que los ciudadanos están en la obligación y el derecho de desobedecer, dejando de asistir a las escuelas, manifestándose públicamente contra el gobierno irreligioso y tiránico, e incluso apoyando un enfrentamiento bélico. Estas dos ideas sustentan gran parte del bloque argumental de las sociedades. La consigna del bien público, defendido por los católicos, marcará gran parte de su accionar, puesto que no solo se contentan con tachar al Gobierno de tiránico, sino que incitan a la movilización y además deja a los católicos-conservadores como los verdaderos representantes de la voluntad general.

La constante denuncia frente a la inconstitucionalidad, ilegalidad e ilegitimidad de las políticas liberales fueron ampliamente expuestas en la prensa y en los discursos de las sociedades católicas. En ella podemos observar que las nociones de libertad individual, derechos, bien público y opinión pública se cruzan con el tema de la educación y son utilizadas como armas contra el Gobierno:

[...] Tal es el génesis de estos dos monstruos de despotismo que se llaman educación gratuita obligatoria y laica, apli-

³² *El Tradicionista*, 1872. “Instrucción irreligiosa”, 6 de febrero.

cada á las escuelas superiores. Este par de invenciones de la civilización moderna son el “coronamiento” del altar en donde “pole” adoraciones el ateo-Estado. Mediante ellas se propone apoderarse del ciudadano al salir de la cuna, hasta dejarle en el cementerio, que (digámoslo de paso) también el Estado quiere hacer propiedad suya, cual si hasta de los muertos tuviese miedo y envidia. Poco sabe del hombre y de las fuerzas humanas quien crea que el hombre solo ha sido capaz de tramar y de tender la red de un despotismo tan vil y tan artero. NO, el Estado moderno no es obra del hombre; porque, aun suponiendo que el hombre fuera capaz de tanto mal, no abriga en sus entrañas perversidad bastante para llamar a esta horrenda tiranía libertad, progreso y civilización. Semejantes nombres aplicados a semejantes cosas son un escarnio tal de la dignidad humana que no ha podido adulterarse así sino por sugerencias del grande y antiguo enemigo del hombre. Católicos, vosotros todos los que estiméis en la algo ya no la libertad política tan extremadamente por algunos apreciada; no ya la libertad civil que es obligación de todos defender, sino el sér de hombres: ahí tenéis lo que el liberalismo va realizado en grande parte, y lo que en el resto os depara. Eso es el Estado moderno. Pensad vosotros ahora en si puede prescindirse de atacarle a muerte; si se debe perdonar medio, de cuantos caben en la moral y en lo posible, para aplastar á ese monstruo la cabeza y deshacerse de modo que de él no quede ni aún memoria.³³

³³ *El Tradicionista*, 1873. “Dios-Estado”, 23 de enero.

En este discurso opositor no solo se critican las políticas educativas, sociales, culturales, económicas del Gobierno, también se estaba reconsiderando la lógica del Estado moderno liberal, ya que no se acopla a la voluntad y las necesidades del pueblo colombiano, entendiendo a este como un pueblo católico que requiere un gobierno católico.

Fiestas religiosas

La celebración del 20 de Julio fue solemne; pero más la del 8 de Diciembre: para aquella el Gobierno dio 2,000 pesos y ciudadanos de los Estados contribuyeron con todos los arcos, en ésta solo los particulares hicieron el gasto; aquella tenía un aire oficial y exigido, en ésta todo era espontáneo, nacido del corazón.³⁴

La organización de misas, procesiones y fiestas religiosas en general, estuvo apoyada por las sociedades católicas, las cuales colaboraron con la recolección de fondos, planeación de las procesiones, convocatoria, elaboración o arreglo de las imágenes, altares y decoraciones de las iglesias. Estas celebraciones se constituyeron en eventos fundamentales de participación pública y religiosa para los miembros de las sociedades, con los que se pretendía usar la masificación como momentos de instrucción y movilización social.

No pretendemos desarrollar un análisis profundo de estas celebraciones, analizando los símbolos, las imágenes, el

³⁴ *La Caridad*, 1872. “Fiesta de la concepción”, 12 de diciembre.

orden de las procesiones, entre otros elementos necesarios para comprender en su totalidad estas expresiones religiosas; solo queremos vislumbrar cómo eran interpretadas estas celebraciones por los miembros de las sociedades y, sobre todo, que eran utilizadas con fines políticos.

Todas las sociedades tenían una celebración anual abierta al público³⁵ en la que se celebraba una misa, se leían discursos de los miembros, se realizaba el informe de las actividades y en algunos casos se elegían a los miembros de la junta directiva. Si bien estos eran espacios de oración, a través de la lectura de discursos de los miembros, sermones religiosos y catequismos, estas reuniones sirvieron, aunque de manera muy precaria, para la difusión de una serie de ideas religiosas, políticas, culturales y sociales. A esto debemos agregar que las fiestas contaban con gran participación del artesano, el cual era pagado por las asociaciones para arreglar las imágenes, realizar las decoraciones necesarias, remodelar las iglesias, entre otros oficios, lo que les dio un papel activo en estas manifestaciones religiosas.

En cuanto a las fiestas religiosas, estas hicieron parte de una gran estrategia de educación, movilización, acercamiento a la población y difusión de valores. Para Oscar Chamosa, las diversas celebraciones religiosas, cívicas o laicas se constituyeron en un mecanismo de difusión, permitiendo la ex-

³⁵ La sociedad del Sagrado Corazón realiza la fiesta del Sagrado Corazón; San Vicente de Paúl la de su santo el 27 de septiembre, y la Juventud Católica la de la Inmaculada concepción.

presión de sectores populares, al tiempo que contribuían a la idea de la opinión pública y voz del pueblo.³⁶

Elías Gómez relata cómo durante el régimen liberal se procuró la promoción del sentimiento patriótico a través de la exaltación de los héroes y de las fiestas de conmemoración nacional, en donde la enseñanza cívica, el patriotismo y la historia fueron componentes esenciales para la formación del ciudadano y facilitaron la idea de homogeneidad cultural. Los radicales consideraban que la celebración de las fiestas patrias resaltaba la vida ciudadana a la vez que servía como símbolo de cohesión.³⁷ En un sentido similar funcionaron las celebraciones católicas impulsadas por las asociaciones religiosas, al permitir hablar de nación católica y vínculo social.

Por su parte, los integrantes de las sociedades católicas utilizaron las fiestas religiosas para contraponerse a las fiestas cívicas, tratando de ver en la movilización popular en torno a la religión un argumento de su legitimidad y razón de ser frente a los liberales. De ahí que las sociedades pensaran en contraponer la fiesta de la Inmaculada Concepción³⁸ a la con-

³⁶ Oscar Chamosa, “Lúbolos, Tenorios y Moreiras: reforma liberal y cultura popular en el carnaval de Buenos Aires de la segunda mitad del siglo XIX”, en Sábato y Lettieri (coords.), *La vida política en la Argentina del siglo XIX* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2003), 115-137.

³⁷ Elías Gómez, *La ciudadanía en el federalismo*, 36.

³⁸ Ya hemos mencionado algunas consideraciones frente a esta celebración, pero vale recordar su carácter representativo como fiesta papal. Su celebración correspondía a una directriz de Roma, y era una fiesta relativamente nueva para la mayoría de la población; sin embargo, se muestra como una de las más grandes tradiciones del pueblo bogotano.

memoración del 20 de julio como dos expresiones del pueblo bogotano: una reflejaría la verdadera naturaleza católica del pueblo colombiano y la otra una expresión tiránica y falaz impuesta por los liberales.

La fiesta de la Inmaculada Concepción, realizada el 7 y 8 de diciembre, acostumbraba celebrarse con un desfile, juegos pirotécnicos, banderas y globos decorando las calles, casas iluminadas toda la noche, además del concurso literario de la Juventud Católica en honor a la Virgen. Esta fiesta fue masivamente acompañada por los bogotanos, quienes ayudaban en la decoración y adecuación de las calles. El periódico *La Caridad* expone así los detalles de la celebración:

Como los bogotanos son un pueblo católico se disponen a celebrar el día de la Inmaculada. Dado que se pretende hacer una fiesta memorable para que se replique por toda la república, se ha creado una junta organizadora, la programación quedó así: será un espectáculo de cañones, campanas y fuegos artificiales que empezará el 7 en la noche. El primer golpe lo darán las señoritas católicas de la capital; el segundo golpe será por el Estado de la unión y por Bolívar; tercero en nombre de los ilustrados (ciencia, arte y letras); cuarto, establecimientos públicos y beneficencia; quinto, alcalde de Bogotá; sexto, comerciantes; y séptimo, arzobispo y curas. *Se invita a las sociedades católicas y artísticas de la ciudad, tales como la del Sagrado Corazón, Hijas de María, Socorros Mutuos, San Vicente, Juventud Católica, Junta Piadosa, La Congregación Artística y el Sexteto de Armonía.* [...] La celebración fue majestuosa, con coros

y cantos y juegos artificiales nunca antes vistos. Miles de flores y banderas, *ni la policía, ni las multas han logrado esta manifestación del pueblo, solo el sentimiento religioso*. Luego fue el concurso de la juventud católica, quien logro Vergara y Vergara. Con la asistencia y ayuda masiva en la celebración de la inmaculada concepción, *el pueblo demostró su posición*.³⁹

Por otra parte, en la fiesta del 20 de julio se realizaban desfiles encabezados por miembros de la clerecía acompañados por algunos integrantes del poder ejecutivo federal, una comisión de la municipalidad, el depósito de veteranos de la independencia y el seminario conciliar. Agregaban guardias del batallón del ejército y algunas veces estudiantes. La celebración del 20 de julio se prolongaba por varios días en los que además se realizaba corridas de toros, carreras de caballos, alboradas, lanzamientos de globos, cohetes y juegos artificiales, pasatiempos y rifas.⁴⁰

Durante los festejos algunos conservadores o liberales, según la celebración en curso, manifestaban públicamente su apatía manteniéndose al margen de las actividades desarrolladas en la ciudad.⁴¹ No decorar la fachada de la casa,

³⁹ *La Caridad*, 1872. “8 de diciembre”, 21 de noviembre [énfasis añadido].

⁴⁰ Elías Gómez, *La ciudadanía en el federalismo*, p. 38.

⁴¹ No es propicio afirmar que los liberales no celebraban la fiesta de la inmaculada concepción o que los conservadores se abstendían de conmemorar el 20 de julio; ambas celebraciones poseían una importancia fundamental ya sea en la vida religiosa o cívica, por lo que tenían una asistencia formidable sin que las consideraciones políticas afectaran de manera radical.

dejar de iluminar los balcones o las ventanas por la noche y abstenerse de poner la bandera eran consideradas ofensas arduamente criticadas por la prensa. Esta lucha en las calles entre las celebraciones representa una pequeña muestra del impacto que tenían estas festividades públicas.

Ahora bien, más allá de actos simbólicos de rechazo, las fiestas religiosas fueron utilizadas como una manifestación pública de fe, pues no solo se ponía en consideración el carácter religioso de los asistentes, sino su adhesión a las políticas conservadoras y antiliberales.

Las fiestas funcionaron como una muestra del ser católico del pueblo, una expresión masiva del carácter religioso de la nación. Esta lectura partió en un primer lugar de desmeritar la fiesta del 20 de julio, considerada como una celebración sin el mínimo respeto, en donde objetos como el acta de independencia y la corona de Bolívar eran tratados con banalidad. Fiestas costosas, que promovían los vicios, y un discurso presidencial deshonesto:

¿Por qué los oradores del 20 de julio i otros días solemnes, en vez de fastidiar con sus lugares comunes i sus ampulosas declamaciones, no pronuncian discursos como los del señor Carrasquilla en que respira el verdadero patriotismo; esto es, el puro i vehemente deseo del bien moral de nuestro país i del mejoramiento de la sociedad? esto sería más digno i mas útil que el repetirnos lo que todos sabemos de memoria hace cincuenta años.⁴²

⁴² *La Caridad*, 1867. "Crónica", 2 de agosto.

En contraposición, la celebración de la Inmaculada era considerada la “verdadera” fiesta nacional, ya que la organizaba el pueblo: era la manifestación pública de la mayoría. No se puede presuponer que las misas, procesiones o celebraciones fueron realizadas con objetivos políticos, o que los participantes estuvieran plenamente conscientes del uso dado por las sociedades. Tanto liberales participaban en las misas y procesiones como conservadores en las fiestas cívicas, pero a partir de la contraposición entre la verdadera nación frente a la imposición del Gobierno, las sociedades apropiaron la movilización religiosa de la población como una manifestación de la voluntad política del pueblo. En la contienda política, las plazas públicas llenas de feligreses católicos servían como justificación de un proyecto conservador católico desarrollado desde las sociedades. Finalmente, si el pueblo era católico, sus representantes también deberían serlo.

Por otro lado, estas manifestaciones religiosas pretendían movilizar a la población y actuar así desde una figura colectiva. No se trataba de hacer una representación discursiva del pueblo y de la opinión pública, sino de materializar en las calles la voluntad general, utilizando las fiestas religiosas como un argumento en pro de la nación católica.

En un Estado donde la participación electoral era reducida, mecanismos de participación alternos eran significativos. En palabras de Gonzalo Sánchez, con la precariedad del sistema electoral:

Se nos abren así otros caminos para repensar la construcción del espacio público y la democracia a partir de la consolidación de múltiples instancias intermediarias entre la sociedad civil y el Estado [...] como las prácticas que implican las concentraciones multitudinarias con sus escenarios propios (plazas, teatros, avenidas). Eran prácticas que en su propio despliegue ponían al desnudo la precariedad de la movilización electoral. Éstas, más que actos de delegación del poder o de representación, eran actos de poder.⁴³

Los actos públicos descritos debieron ser un espacio de manifestación política y religiosa, con la asistencia activa de todos los sectores sociales, ya sea para aprobarlos o rechazarlos, tratando así de utilizar las calles como un mecanismo de participación y manifestación política.

⁴³ Sánchez, “Ciudadanía sin democracia o con democracia virtual”, en Sábato (coord.), *Ciudadanía política y formación de las naciones: perspectivas históricas de América Latina* (México: El Colegio de México, 1999), 459.